

# Haberme odiado

Carolina Sanín

Escritora, [carolinasanin@gmail.com](mailto:carolinasanin@gmail.com)

Sintió repugnancia por mí desde la primera largura de la noche, y la obligación de inscribirse en mi propiedad, y yo le fui adicta con pesar, con miedo, con repelencia, que no es lo mismo que repugnancia, pues cada palabra dice lo que significa y ninguna es intercambiable por otra en el mundo, como también es el caso de las personas, y así mismo yo —y ninguna otra en el mundo— fui aquella a quien él decidió y pudo despreciar muy de cerca, desde aquí adentro, en la punta interna del ombligo: destruirme lo más íntimamente que pudiera hacerse,

que pudiera decirse.

Porque a él lo habían asustado cuando apenas empezaba a ser él

(aunque la palabra «porque» establece una relación falsa),

y yo tenía ciertos sobrenombres,

y derribarme a mí —mis cajones, mis papeles—

tenía un mérito especial y hacía gracia entre los hombres.

Casi todas las mujeres que he sido agradecíamos que el cielo viera la cara hermosa de él junto a la nuestra, que era fea, restante, dormida e hinchada como una rodilla, como si él pudiera darnos el esplendor que habríamos tenido si nuestra cara hubiera sido el resultado de un trabajo, de una fábrica reluciente, del futuro.

Yo quería cruzar con él la laguna de la noche

por el fondo

para no estar en la orilla, asomada al reflejo.

Y lo quería a él

al puro principio.

Luego, con la esperanza de ver en su daño el verde comienzo de la salvación, lo adoré.

Practicamos durante un tiempo el odio, pero el odio no existe.

El odio de su cercanía me hace falta.

No me falta, pues sigue apareciendo, ya quemado: humo en los ojos.

«Aborrecer» y «odiar» son verbos distintos que significan cosas distintas. Una aborrece determinada cosa, o a determinada persona, y entonces no se le aproxima. La evita. No se deja afectar más por el objeto de su aborrecimiento. Retira la mirada. No se quita la ropa. Frunce la nariz. Y olvida. O al menos trata de no pensar, hasta que algo le recuerda lo aborrecido, y entonces una dice: «Lo aborrezco, ya me acuerdo». En cambio, cuando una odia a una persona, activamente le desea la muerte. La desea constantemente a muerte. Quiere morir con ella. Una sigue afectada y sigue. No hay olvido ni recuerdo, sino ardor. Frente al objeto de su odio, una se para con la cara sobre el cuello, erguida como una vela. No se va. No quiere pasar.

Él no se va.

O una se le va detrás.

Hasta que él se va.

En su propia casa, una dice:

«Aquí comió, aquí follaba, acá ha dormido».

Y, entonces, mientras lo sigue odiando, una también aborrece su casa.

Una se muda a otra parte, y allá —donde él no entra— ya no hay aborrecimiento, pero el odio continúa.

¿Por qué sigues así?

Porque no lo voy a dejar.

¿Por qué no lo perdonas, si imaginas lo que le hicieron en otra vida?

«¿Por qué?» es una mala pregunta: no tiene respuesta y, además, casi nunca es cierto que uno quiera conocer la causa. Los niños preguntan «¿Por qué?» cuando lo que quieren saber es qué más hay en aquello que señalan: «¿Qué otra cosa es lo que veo?».

A lo mejor él se preguntó, mientras lo dañaban en la vida anterior, qué otra cosa era aquello que le hacían,

y se fue buscando otra cosa en la cosa, y otra más, hasta que me encontró a mí,

para transformarme

en gente de una vida pasada.

Por otra parte, lo que nos interesa al preguntar «¿por qué?» es protestar porque yo no.

Yo protesto porque no fui aquella a quien él finalmente habría podido amar. O perdonar.

«¿Por qué no?», pregunté, pero lo que preguntaba era «¿En qué no soy otra?», o «¿Qué otra soy, que no la veo?».

Al mismo tiempo que se acostaba conmigo, él me atacaba anónimamente en las redes sociales. Alguien me lo confió una noche: «Te hostigó y te deseó públicamente la muerte, con un pseudónimo, fingiéndose ofendido por algo que habías dicho. No supo si lo leíste o no, y no tenías cómo saber que era él. Luego se confesó con nosotros. Dijo que quería un castigo por haber tratado de asustarte. Que quería cambiar».

¿Cambiar cómo? ¿Ser qué otra cosa?

¿En qué podría transformarse mi enemigo?

En un hato. Una pulgada. Un lugar de descanso.

¿Y qué castigo querrá?

Cada quien encuentra su manera de castrarse. Todo castigo es castración, y toda valentía es necesaria para aceptar la propia fecundidad.

Tendré mil hijos y mil hijas.

Venir, torcerse, ir, volver, doblar, volver a irse, escurrirse, volver a volver, desmoronarse, tocarse, tocarme, inventar una suma, demorarse, perseguirme, no llegar, volver a irse: en eso pasaron tres años.

Yo me mentía y me deformaba. Casi me volvía irreconocible, de tanto que anhelaba ser igual a la que él odiaba en mí, para estar acompañada.

Él se me metía en la boca, de donde salía cuanto le disgustaba, que era todo lo que yo decía, y también se me metía entre las piernas, que es de donde salen la vida gritadora y el mundo silencioso,

y fue donde busqué, durante aquellos años, la cara fea que él me veía en la cara.

El deseo del mal y la sensación de estar haciendo el mal también le funcionan a un hombre para que se le endurezca el pene: eso lo sabe todo el mundo.

Yo lo dejaba entrar con un sentimiento grandísimo; no de placer, sino solo grandísimo. Con la expectativa de ver una pepa de amor y oro en el centro de algo. Con el ansia de sentir cómo más era él, además de ser el hueco mío.

Nos juntábamos.

Crear es separar: el mundo y esta página se hicieron apartando unas cosas de otras. El amor separa y ordena. El odio revuelve, aprieta y embadurna.

Yo tenía, cuando me presenté ante él, ojos, nariz, boca y orejas: cada rasgo en su lugar, dispuesto, afincado en su valle.

Él tenía ojos, nariz, boca y orejas, y el privilegio de enfermarme.

Al final éramos dos monedas manchadas.

«Era aterrador», dije todavía hoy, llorando, a las once del día.

Quisiera que esa frase pesara. Que «Es un hombre aterrador» fuera grave como una soprano. Que se parara como clavada al suelo y se quedara cantando, y yo pudiera seguir adelante sin el peso de esa frase.

Volveré a ser clara.

Cierto edificio del bulevar Haussmann me viene de la memoria a la imaginación, a menudo, últimamente, cuando me siento a escribir. Es como si la imagen sirviera para la concentración. En ese edificio quedaba un apartamento donde un día acudí por un anuncio en el que se ofrecía un trabajo de modelo. Me senté en un sofá blanco y me trajeron un álbum de fotos: «Para que veas nuestros productos». La mujer de las fotos estaba vestida de novia, a medio desvestirse de novia, con el vestido de novia quitado, con una dama de honor, con dos, con el novio y con el suegro. Era una pornografía cursi, supuestamente sutil.

Me fui. No pasó nada. No volví a hablar de eso. Pasaron veintidós años, y ahora me sucede que, cuando me siento a escribir, la fachada de aquel edificio se me aparece en la frente, donde se unen la imaginación y la memoria.

Arriba están los ojos. Uno se mira en el espejo hacia abajo, pues los ojos son lo más alto de su construcción. Uno se mira siempre hacia abajo, salvo que se mire la frente, donde hay un tercer ojo.

Estuve mirándome desde la altura de mi odio mientras lo quise a él.

En el lado de adentro de la frente aparecen cosas; uno tiene, encima de la vista, esa pantalla que se enciende hacia uno mismo. Es un rectángulo que se ve con la luz que sube del ombligo.

A imagen y semejanza de la frente humana se inventaron después las pantallas del cine, la televisión, el computador.

Es posible que la fachada del edificio de París me venga a la imaginación porque representa el acceso a otra que pude ser; no me refiero a una modelo de pornografía, sino a la esposa del hombre con quien estaba en esa época, que era bueno y me quería.

Es profesor. Tuvo dos hijos con la mujer a quien quiso después.

Yo escogí el nombre del segundo, y me nombraron su madrina,

y un día me puse a adorar al hombre del que venía hablando antes de recordar el bulevar Haussmann, con el que hacía el amor porque me odiaba.

(Aunque decir «porque» es siempre mentir).

Cuando estaba acostado encima, empujándose hacia adentro, me miraba y sonreía como en una

propaganda. Posaba, desquiciado.

Lo que sí me gustaba eran sus ojos,

pero los ojos no forman parte del rostro, sino parte de la luz.

El placer no tiene cara. Es la mueca del cuerpo. Es feo, pero viene de la belleza y se dirige a la belleza. Y no es un mal, pero es dolor.

Esa es la respuesta a una de las preguntas de «¿Qué otra cosa es esta cosa?» que están detrás de la falsa pregunta de «¿Por qué?».

Otras veces nos preguntamos «¿Por qué?» cuando queremos preguntar «¿Cómo funciona?».

Yo he tratado de ver, contra mi salud, en la memoria o el invento, la escena del daño de él; aquel momento de otra vida en que lo envilecieron; cómo funcionó ese espanto:

la soledad, el rigor, el pasmo,

pero a lo mejor, después de todo, es mi fantasía de principio a fin,

y a él nadie le hizo nada.

A la mañana siguiente de cada noche en que lo dejaba entrar, yo me daba puños, con pura rabia, a solas, en el borde de la cara. Y al tercer día, no sabía por qué me dolía la mandíbula: «Debe ser que estoy apretando los dientes dormida. Deben ser las pesadillas».

Hasta que me acordaba de mis golpes.

Quería, hacía y dejaba que él se me metiera hasta el fondo, esperando ver en el fondo, con el ojo único de su pene, detrás del ombligo, a mi doble, la eliminada.

Dos que vienen en direcciones contrarias por una carretera angosta se estrellan. Ambos quedan aplastados, contraídos. Las latas y la carne, un repliegue.

Qué quedará después de no poder avanzar. Qué habrá:

¿mi cara despierta, comenzando, lavada y llena de palabras?

Vendrá la verdad, supongo.

Qué otra cosa será la verdad.

Mi boca viva. 🗨️